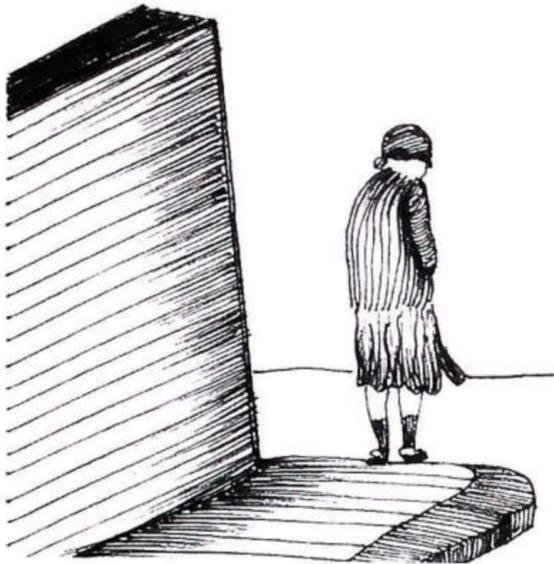


en 1883, quizá también esté pensando en sí mismo: "federalismo y centralismo, libertad y despotismo, tolerancia e intransigencia". "El hombre se agita y Dios lo conduce" diría Carlos V y esa agitación es la que estas crónicas rescatadas mejor preservan y adoctrinan, en verdad. Tal Alberto Lleras al mostrar como la "roca, batida por la inconstancia de los vientos y las aguas" (pág. 641) que aparentaba ser Laureano Gómez, había sido "un filonazista sincero" luego de haber escrito un panfleto contra Hitler, o sería sincero cuando elogiaba a Alfonso López y a Eduardo Santos o "cuando acusaba a López de haber asesinado a Mamatoco y a Santos de sentarse sobre un charco de sangre". Laureano Gómez, en definitiva, no es más que "un político que dispara hacia su objetivo, ciegamente, aplastando al que se ponga por delante". Un político apenas, en esta Colombia volátil e inconstante que hoy exalta y mañana asesina.

van a los pueblos con culebras a engañar a la gente". En ambos casos, era el mismo Juan Roa Sierra, quien trabajaba en una vulcanizadora de llantas, que "amalayaba ser pobre, por carecer de recursos para defenderse", "con esa cara de hijueputa que uno tiene".



Aquí están, entonces, los viajes descubriendo Colombia y las infinitas revoluciones que la sacudieron, el coraje resistente de sus habitantes, como el admirable Horacio Ocón González, "de doce años y alumno de cuarto de primaria" (pág. 821) que sale a pescar con su padre, lo ve morir y preserva el cadáver de los ataques de los tiburones, para enterrarlo, por fin, en su pueblo para que tenga así "una muerte feliz", en el ceñido y perfecto relato de Javier Darío Restrepo (1932).

Para quienes aman la literatura, aquí están de cuerpo entero, en crónicas exhaustivas o reportajes incisivos Julio Flórez y Vargas Vila, Fernando González y Antonio Gómez Restrepo, Tomás Carrasquilla y Ramón Vinyes (visto por Alfonso Fuenmayor), Porfirio Barba Jacob y Álvaro Cepeda Samudio o la madre de Gabriel García Márquez, orgullosa no del Premio Nobel a su hijo, sino de tener una hija monja. Joyas que harían esta reseña infinita, citándolas todas.

Recalquemos la claridad y erudición del prólogo, al analizar todas las épocas del periodismo y sus características y la utilidad como investigación histórica, llena de rasgos hu-

manos en personajes inconfundibles. También texto didáctico para quienes estudian periodismo y para los lectores, en general, exhaustivo rescate de la crónica, el reportaje, la entrevista y el perfil de varios de los mejores escritores del país, tan apasionante de leer como útil para entendernos mejor a nosotros mismos.

Periodismo, historia y creación fundidos en un solo volumen.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

Medicina amazónica: método e historia

Enfermedades, epidemias y medicamentos.

Fragmentos para una historia epidemiológica y sociocultural

Augusto Javier Gómez López

y Hugo Armando Sotomayor Tribín

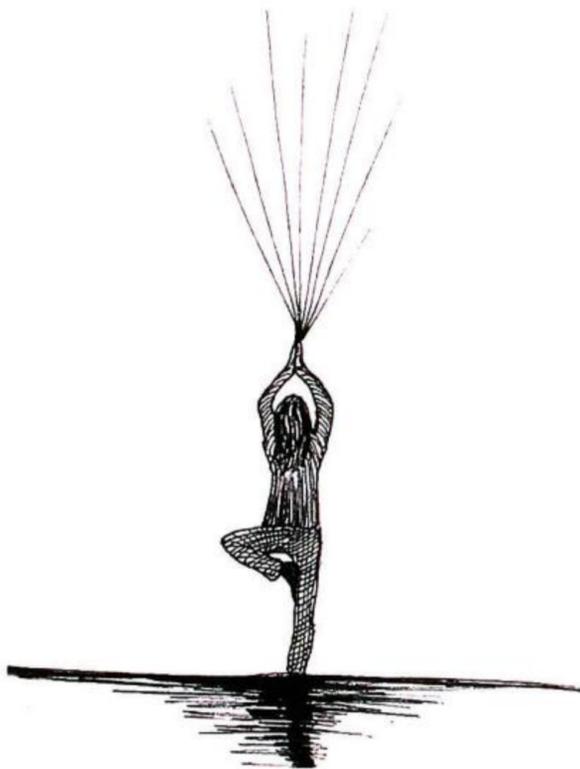
Universidad Nacional de Colombia,

Facultad de Ciencias Humanas, Centro

de Estudios Sociales/SaludCoop,

Bogotá, 2008, 360 págs., il.

Dividido en cuatro grandes acápites, este libro, lujosamente editado y en formato de 26 x 34 cm, presenta abundante información sobre las dolencias que, especialmente en el pasado, afectaron a varios grupos indígenas concentrados en la Amazonia colombiana, al tiempo que explica en que forma se trataba de curar dichas enfermedades. En el texto se hace un recorrido al pasado a través del cual el lector comprende la sabiduría y el grado de conocimiento que sobre las plantas y otros seres de la naturaleza hizo posible la existencia de estas culturas milenarias. El relato está enriquecido con numerosas notas, citas, cuadros e imágenes, muy bien seleccionadas, que lo complementan a la perfección y hacen de él una obra de consulta obligada para los interesados en el desarrollo de la medicina en nuestro medio, como para los interesados en la etnografía de la Amazonia.



Como el caso de la pormenorizada reconstrucción con que Arturo Alape (1938- 2006) siguió la historia del revólver "Smith & Wesson", calibre treinta y dos corto niquelado con que el aparente gaitanista que manifestaba "Hay que hacer fuerza para que gane el doctor Gaitán" (pág. 826) lo asesinaría tiempo después, al ser Gaitán "uno de los propagandistas de drogas, que

La primera parte se ocupa de las concepciones amerindias y de los métodos de curación empleados por los grupos indígenas de la Amazonia para controlar las enfermedades y las epidemias. Para entender estos conceptos resulta necesario comprender el increíble equilibrio existente entre los habitantes de las selvas y el ambiente que les rodeaba. Los pueblos indígenas, a través de los siglos, lograron adaptarse plenamente a su entorno y aprendieron a utilizar con gran eficiencia los recursos que les aportaba la selva tropical. Sobrevivieron, y aún sobreviven algunos grupos, merced a una horticultura itinerante en la que las prácticas agrícolas de corte y quema resultan eficientes en suelos anegables y sin verdadera vocación agrícola debido a la carencia de nutrientes. Este tipo de agricultura incluye desplazamientos periódicos y cíclicos y a veces un nomadismo más complejo donde se alteran los periodos de asentamiento con épocas de movilidad cuya meta es la de no agotar los recursos y utilizarlos de acuerdo con un calendario de cosechas muy eficiente.

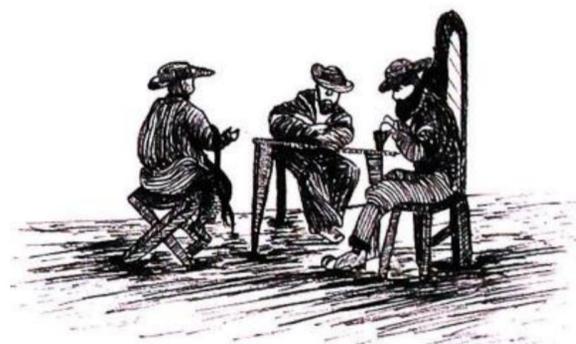


En la agricultura de corte y quema, más que la riqueza del suelo, bastante precaria en la selva tropical, importan el calendario agrícola y el uso de las cenizas como abono. La dieta alimenticia, basada en la

yuca brava, se complementa con la caza, la pesca, la recolección de frutos y semillas, además algunos productos obtenidos a través de un intercambio incipiente que en épocas remotas fue muy importante. Para el indígena, la selva es un territorio amigable y generoso, un don de los dioses, concepto contrario a las creencias que primaron por varios siglos, según las cuales la selva era un infierno verde, agresivo e inhóspito en el que abundaban las plagas y miasmas y las fieras constituían un peligro permanente. De esta absurda concepción, surgida en los relatos de algunos viajeros y misioneros, emana el errado concepto de rehabilitar las selvas e incorporar sus áreas al progreso acudiendo a la tala indiscriminada, a la desecación de los suelos y a la apertura de potreros para ampliar las zonas agrícolas con el fin de implantar en ellas técnicas convencionales, que si bien funcionan en praderas bien drenadas y con suelos ricos en materia orgánica, están condenadas al fracaso en las regiones selváticas, en las que la experiencia indígena milenaria ha demostrado que lo viable es ese tipo de agricultura itinerante de corte y quema, que no afecta el medioambiente y proporciona el sustento a estos grupos, casi siempre pequeños, plenamente adaptados a ella y les permite un bienestar mal entendido por el hombre blanco. Aceptando esto, podemos reconocer que los indígenas de la Amazonia poseen una cultura muy compleja, fruto de unas prolongadas experiencias, por completo diferente a la nuestra, y en la que el medioambiente se aprovecha con sabiduría porque se le respeta, porque se le conoce de manera plena y porque forma parte de un universo en el cual el hombre es una parte más de un engranaje armónico y equilibrado.

Con la óptica que proporciona el asimilar estos conceptos, la selva aparece como un territorio amigo que aporta con generosidad lo necesario para llevar la existencia con dignidad, y que mediante una economía sustentable, aparte de alimentos ofrece multitud de plantas,

entre las cuales abundan las medicinales y no resultan raras las venenosas y las alucinógenas, indispensables para vivir en este ambiente y bajo estas concepciones míticas. Por ello, resulta oportuno el epígrafe con el que se inicia el primer acápite; allí se indica, cómo pasados cuatro siglos de investigación terapéutica metódica, debemos más a los indígenas, que a los sabios convencionales.



Merced a una cultura por completo occidental, no somos conscientes de la riqueza biológica que guarda la selva. La selva tropical es una formación vegetal que ha aportado a la humanidad multitud de productos acompañados de un acervo de conocimientos acumulados por muchas generaciones. A pesar de ello, la investigación botánico-farmacéutica de la cuenca del río Amazonas resulta pobre cuando se la compara con el número de especies que la integran y con aquellas que utilizamos para curar las dolencias del cuerpo y del espíritu. Los cálculos hablan apenas de un 1%.

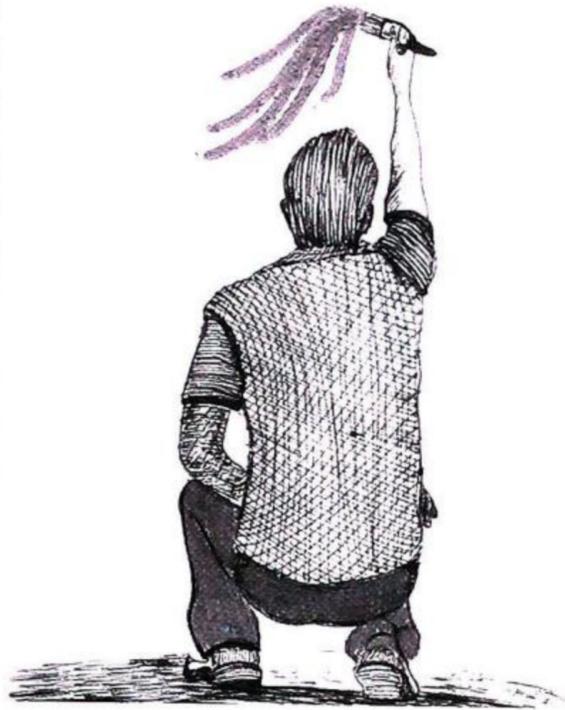
En los últimos años se ha fortalecido el concepto de conservar y proteger el medioambiente y de paso ha surgido un respeto hacia el conocimiento de los grupos indígenas. Los tratamientos de medicina alternativa han ganado terreno, pero siguen descalificados por la medicina académica, netamente alopática, y en la que los medicamentos deben producir un efecto contrario y diferente al que caracteriza la enfermedad. De esta manera, y por la abundancia de charlatanes y de falsos curanderos, se le presta poca atención a los medicamentos de origen vegetal, campo que requiere mayores investigaciones.

La concepción indígena de la enfermedad es por completo diferente

de la nuestra. Para el nativo, las dolencias que afectan el cuerpo y el alma provienen de maleficios, los cuales, dentro de una percepción mitológica muy arraigada, pueden venir de los chamanes, que son quienes controlan el conocimiento, un saber que han heredado de sus ancestros. Ellos son depositarios de una fuerza mítica que hace posible encontrar el origen y la cura de las distintas dolencias. Los maleficios pueden también provenir de seres especiales que habitan la selva y que son capaces de encarnar en diferentes animales como el jaguar o la danta. Seres míticos como el mohán, la madre de agua o la madre de monte, se resienten cuando se incumplen las normas de conducta tradicionales o se cometen contravenciones en actividades como la caza, la pesca o la recolección de frutos y semillas. Ante un agravio, estos seres se valen de dardos invisibles que alteran el equilibrio y generan un castigo. Aparte de estos males de orden espiritual, las dolencias pueden ser causadas por accidentes o por mordeduras de insectos, serpientes u otros animales.

Para combatir los desequilibrios de la naturaleza es menester recuperar la armonía y rescatar al enfermo de niveles inferiores en los que se halla postrado como castigo; ese rescate se logra a través de soplos, rezos y baños que sirven para restablecer el orden. En este proceso de restablecer el equilibrio, desempeñan un papel esencial las sustancias alucinógenas y psicotrópicas, pues gracias a su enorme poder hacen posible el contacto con el mundo sobrenatural. El chamanismo implica una fuerza espiritual. El chamán está conectado con las fuerzas espirituales que animan a todos los pobladores de la selva e intercede para que permanezcan en armonía. Él tiene la capacidad de organizar los diversos niveles cuando se desequilibran y generan males. La conducta del chamán incluye creencias y prácticas que explican las relaciones entre los seres y su naturaleza. De este modo, ejerce una función social y religiosa en la que se vale de las plan-

tas alucinógenas y de otros elementos de origen animal o mineral que le permiten viajar al conocimiento de la causa de los males y de las enfermedades. Es él quien conoce el origen mítico de los elementos que requiere, sabe dónde se encuentran, en qué momento debe recogerlos, cómo debe prepararlos y cómo los va a administrar.



Los autores del libro enmarcan estos conceptos en un análisis de la región noroccidental de la Amazonia, vista a través de su poblamiento, del intercambio cultural con habitantes de otras regiones y en particular con los del área andina en el periodo prehispánico, intercambio que permitió una amplia circulación de productos y materias primas, paralelo al cual se difundió conocimiento. A pesar de este intercambio, aún a mediados del siglo XIX, las naciones indígenas conservaban su estatus; sus miembros lucían bien formados y sin trazas de desnutrición, mantenían su independencia, gozaban de bienestar merced a sus cosechas, a la caza, la pesca, realizaban alianzas matrimoniales, oficiaban sus rituales, celebraban fiestas y mantenían un sano intercambio. En el terreno de la salud y como lo demuestran diversos documentos, carecían de llagas o úlceras y no padecían de epidemias. Pese a los estragos causados por el contacto con los expedicionarios europeos, los

traficantes de esclavos nativos y los misioneros, buena parte de los pobladores de la Amazonia colombiana permanecieron al margen de reducciones. Solo a finales del siglo XIX se dio inicio a la esclavización y a la destrucción sistemática de esas sociedades, problema acrecentado con el auge del caucho que conllevó la ruina y causó el exterminio de muchos grupos. En la actualidad, los que sobreviven están sometidos a la degradación de su entorno, a la presión de los colonos que invaden sus tierras y al desplazamiento generado por acción de la guerrilla, de los traficantes de drogas o de otros delincuentes que anhelan sus tierras para implantar cultivos ilícitos u organizar haciendas.

Luego de tratar las concepciones, prácticas y respuestas de los indígenas frente a las enfermedades, vistas en una perspectiva histórica, y de analizar el contacto, el contagio de enfermedades y la destrucción de las sociedades indígenas de la Amazonia, los autores incluyen el relato de las enfermedades y epidemias en la óptica de un capitán andoque. Se trata de Fisi o Piedra, quien proporciona una visión actual y desgarradora de su experiencia. Su relato termina con estas palabras que recogen la mitología ancestral y el drama que viven los actuales pobladores de la selva frente a numerosos problemas:

Por eso las personas que quieran tener familia tienen que conocer cómo van a defender, cómo van a curar, a cuidar a sus hijos. Así comenzó esa enfermedad de granos que les prende a los niños del pescado. Y así lo curó, por eso hay que conocer qué hierbas hay para curar.

El anterior relato se complementa con otro testimonio, esta vez acerca de un caso que data de 1979. Se trata de una carta dirigida a la hermana Carmen Sánchez del internado de Santa Teresita por el corregidor de La Chorrera. El funcionario se queja de la actitud asumida por la religiosa y por la desatención a un niño indígena mordido por una serpiente y cuya vida hubiese podido

salvarse si se le trasladara a Leticia o se le hubiese administrado el suero antiofídico con oportunidad. Su texto es un claro ejemplo de las circunstancias y problemas que aún afectan a la población indígena, considerada por muchos como inferior o irracional, así como de la precaria atención prestada a los casos de salud en las zonas selváticas aisladas. El párrafo pertinente indica:

La descortesía, los términos humillantes e insultantes de su carta son la prueba del indigno trato que la mayoría de las veces dan a los indios, pues si Usted tiene el atrevimiento de dirigirse tan altaneramente a la primera autoridad del Corregimiento por el hecho de que le hace un reclamo justo, ya podemos imaginarnos los modales que emplea para con ellos.

Un importante capítulo es el dedicado a la explotación de las quinas en el piedemonte amazónico. Conocidos son los problemas ecológicos, sociales y económicos generados desde la época colonial por la explotación, transporte y comercialización de la cascarilla, y sabidas son las enormes transformaciones creadas en los países productores. Los bosques fueron devastados y el auge generado por la explotación vino a menos con la decadencia del comercio por el agotamiento de las especies terapéuticas y por la competencia de los cultivos organizados en Java y en Ceilán. La crisis tuvo como consecuencia la decadencia del comercio y el despoblamiento de los centros de acopio. Este acápite se ilustra con el caso de los hermanos Reyes, quienes, a través de la compañía Elías Reyes y Hermanos, explotaron la corteza en las montañas de Nariño y del Putumayo y realizaron un interesante viaje iniciado en éste río para culminar en Brasil, recorrido que le costó la vida a uno de ellos. Rafael Reyes obtuvo los permisos de navegación por aguas brasileras para exportar las cortezas extraídas en la cuenca del Caquetá por el Atlántico. Años después, ya como presidente, quiso reactivar el

comercio mediante la organización de una expedición científica al Putumayo y de la búsqueda de nuevos productos susceptibles de ser comercializados.



El libro continúa con un interesante capítulo dedicado a la curación y al pensamiento mestizo. Para ello se vale del relato del presbítero Manuel María Albis, quien bajo el título "Curiosidades de la Montaña, y médico en casa", hace una curiosa relación en la que incluye la observación de algunos materiales minerales y de especies vegetales de uso terapéutico, acompañado del "Espectáculo de la Naturaleza", en el cual, de acuerdo con los meses, se establecen las propiedades de algunas piedras, junto con el "Lenguaje de las Flores", tras lo cual describe varias prescripciones y remedios secretos basados en las propiedades terapéuticas de algunas plantas o de otras materias de origen animal como la hiel de caballo, el pellejo de culebra, el cuajo de cabrito o las piedras de cangrejo. Es éste un interesante prontuario equiparable con otros recetarios antiguos, en los que priman conceptos pertinentes a las doctrinas de los signos y de los humores.

Cierra la parte correspondiente a los indígenas con comentarios sobre lo que fue la catástrofe demográfica sufrida por los pueblos de naturales entre los siglos XVI y XVIII como consecuencia de la colonización europea. El despojo de sus tierras, las

transformaciones culturales y sociales, la pérdida de sus valores espirituales y materiales, los impuestos y cargas que les fueron impuestos hasta llevarlos a la esclavitud y la aparición de enfermedades y episodios epidémicos para las cuales carecían de defensas, así como el deterioro de su entorno, afectaron de manera drástica a las poblaciones generando una verdadera tragedia que se repitió a partir de la segunda mitad del siglo XIX en las selvas de la cuenca del Amazonas como consecuencia de la ampliación de los mercados internacionales, la demanda de materias primas como la quina, el caucho y las pieles, la expansión de las fronteras agrarias y el desplazamiento de poblaciones de las tierras altas hacia los valles y zonas de colonización, circunstancias que impactaron a muchas tribus diezmándolas y llevando a la extinción a casi un centenar de ellas.



Para establecer el estado de salud de un enfermo se requiere conocer sus antecedentes personales, sociales y patológicos; para estudiar la salud de un pueblo es requisito fundamental saber su historia, su organización social y económica y sus relaciones. Con esa perspectiva, los autores asumen la historia epidemiológica del Gran Cauca, el impacto del progreso y las secuelas de las guerras. En esta parte se estudia el impacto de la pobreza entre las poblaciones indígenas y afrocolombianas sobre la base de la aparición de epidemias, la desnutrición, la carencia de higiene, el impacto de los agroquímicos, la explotación minera, los cultivos ilícitos, los cambios

sociales, la alteración de los hábitos alimentarios, el alcoholismo, la sobrecarga de trabajo, el diagnóstico tardío, las guerras y los efectos del progreso. Es clara la relación entre la pobreza y el desarrollo incipiente con la aparición de las enfermedades. Los autores plantean un "racismo" disfrazado de indiferencia y marcado por la inercia o resistencia pasiva ante cambios necesarios en las formas de vida. A estos males se han unido en los últimos años el narcotráfico y la corrupción; la violencia y el despilfarro administrativo han convertido el homicidio en la principal causa de mortalidad, en desmedro de los cambios sociales que exige la situación.

Concluye el libro con la presentación de la historia del istmo de Panamá como ejemplo del racismo y del impacto del progreso. Era natural que las sociedades del siglo XIX anhelaran el desarrollo y la modernización. Era la época propicia para abrir vías, que ocupaban manos ociosas y facilitaban el intercambio comercial. El único estruendo debía ser el de la pólvora al abrir minas o el de las locomotoras que llevaban materias primas y traían productos elaborados. La sociedad estaba cansada de las frecuentes guerras y anhelaba la paz y el progreso que darían paso a una nueva nación. Si bien las premisas eran válidas, se ignoraba que las guerras continuarían y que la apertura de vías y ferrocarriles traería problemas sanitarios y que al lado de quienes emigraban, se desplazaban plagas como el cólera o dolencias como la fiebre amarilla. Nunca se sabrá la cifra de muertos ocurrida durante la construcción del Ferrocarril de Panamá y del Canal. La malaria y la fiebre amarilla se ensañaron con los trabajadores. Esta calamidad sirvió para comprender que las enfermedades infecciosas no las contagiaban los miasmas, sino que se podían transmitir a través de vectores, por aguas mal tratadas o por alimentos mal conservados; por tanto, si estos factores se solucionaban se podían controlar.

Quien lea este interesante libro, no recaerá en los conceptos expresados

por Carlos Arturo Torres (1867-1911) al inicio de *Idola Fori* (1900), que fueron compartidos por toda la sociedad hasta hace cincuenta años y que si bien permitieron la colonización de las zonas andinas, tuvo y aún sigue teniendo muchas secuelas en el manejo de los suelos. Señala el humanista y filósofo:

[...] en las vegas ardientes de nuestros ríos, no desbrozadas aún por el hacha del colono, crecen las plantas viciosas y las hierbas malditas envenenan el aire con sus efluvios de muerte; empero un día será que penetre el arado allí y del suelo exuberante que el esfuerzo del labrador transformó, brote la cosecha de bendición.

SANTIAGO DÍAZ PIEDRAHÍTA

Saber pedagógico y crítica a la democracia

Pedagogía, saber y ciencias

Javier Sáenz Obregón y otros
Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional y Facultad de Educación, Universidad de Antioquia, Medellín, 2010, 194 págs.

Filosofía de la educación.

De los griegos a la tardomodernidad

Carlos Rojas Osorio
Universidad de Antioquia, Medellín, 2010, 404 págs.

Dificultades de la democracia.

Bases de ética política

Iván Darío Arango
Instituto de Filosofía, Universidad de Antioquia, Medellín, 2010, 140 págs.

¿Qué tipo de educación y de democracia queremos para la Colombia de la segunda década del siglo XXI?

Para responder de manera elaborada a estas preguntas contamos con el aporte de estos tres libros,

que aparte de invitar al debate, enriquecen el problema con información inédita y presentan nuevos conceptos de trabajo. El primer paso del debate exige reparar en la orientación de la educación que deseamos construir, pues en esta decisión nos jugamos no solo la formación en los saberes y competencias requeridos para responder a un modelo económico determinado, sino en el modelo de hombre para la nueva sociedad.



Los autores de *Pedagogía, saber y ciencias* son radicales, esto es, parten de preguntar: ¿qué pedagogía?, ¿para qué sociedad?, ¿para enseñar qué ciencia? Ello implica, en consecuencia, volver a problematizar los conceptos centrales: para comenzar, la idea determinista de pedagogía:

En nuestro país la reducción de la ciencia de la educación o pedagogía a la formación de maestros no solo ha llevado a que no sea vista como disciplina o como espacio de indagación sobre un problema específico como es el de la educación, sino a que esta se justifique a sí misma, cada vez más desde un punto de vista técnico, exhortativo y "esotérico": desarrollar técnicas y estrategias, y hablar y promover la "vocacionalidad". Esto último ha producido unas consecuencias en cierta medida desastrosas porque, por un lado, no ha permitido que se establezca un diálogo en términos académicos con las demás